

5
Abril 20-1938
1934

ARCHIVOS
LITERARIOS
URUGUAY



Cuento
de

Edmundo
Montague

La entrerrianita y la enciclopedia

Con el vigor de un aguafuerte de la vida hogareña, nuestro viejo y querido colaborador evoca en estas páginas saturadas de ternura y encanto familiar, escenas simpáticas y conmovedoras de la vida doméstica, que tienen al mismo tiempo el sabor arcaico del recuerdo y de la tradición.

CUANDO Emilio Becher, resumiendo su elogio de la enciclopedia, dijo que era la biblia moderna, sentí súbitamente el placer que causan las definiciones exactas.

¿Quién que imita sus opiniones con la libertad que nos trajo el enciclopedismo, puede decir de la enciclopedia que no sirve para nada y que hay que quemarla?

Esto, no obstante, lo afirmó años después un colega mío en la divulgada publicación donde colaborábamos. Sentí un gran disgusto, mezcla de pena y furia. ¡El que tal declaraba era un rojo, un progresista ultra!

No tardaron los hechos en presentarme la comprobación de la utilidad de la enciclopedia, y lo hicieron en forma conmovedora para mí: de suerte que hubiera escrito en seguida narrando simplemente esos hechos, para oponer de ese modo palpitantes ejemplos a las afirmaciones tan sin fundamento como rotundas de mi colega.

Pero pasaron los días, los años y los lustros, y solamente hoy me es dado referir lo que entonces fué para mí un consuelo de un hombre agradecido al saber humano.

Por el año 1918 vino a servir en nuestra casa una entrerrianita de catorce años, llamada Cándida, llegada a Buenos Aires en un buque de la carrera, recomendada a su capitán. Entre su muda de ropa traía un librito del payador Gabino Ezeiza, que hacía poco había fallecido.

La chica tenía el aire de una futura señora bien plantada y buenaza, madre de numerosa prole. En ese aire mezclábase el candor y una prudente actitud de incesante observación. Era muy dueña de sí misma.

A poco de estar en Buenos Aires cambió las trenzas aldeanas, partiendo el abundan-

te cabello en dos y ajustándolo a ambos lados en rodetes planos como medallones: lo que aumentaba la gracia de su trigueña faz respingada de niña seria y hacía que las gentes de la calle se volvieran a mirarla.

Por el aplomo con que recibía las sorpresas de la moderna cosmópolis, no se la hubiera creído recién llegada de una aldea lejana.

El objeto que más le gustó de nuestra casa fué la pava eléctrica, de novísimo empleo entonces. Cuando por primera vez nos cebó mate con ella, nos dejó zonzos y próximos a romper en una carcajada. Tomó la pava de modo que quedaba el asa encima de la mano y ésta palma arriba, y volcó el agua por sobre su antebrazo, como quien se la va a echar encima. El chorrito seguido y humeante cayó, sin embargo, en el agujero del calabacín y fué cortado limpiamente cuando apareció la espuma en el borde. Gran baquía requiere esta compadrona manera gaucha de cebar el mate. Y si, como digo, no soltamos la risa, fué porque nos la cortó, junto con el chorro de agua, la naturalísima formalidad con que la chica hizo aquello, y siguió haciéndolo, pues no tenía otra manera de manejar la caldera.

Cándida era hacendosa, con ese reposo y seguridad tan propio de ciertas hijas del país de vieja cepa. Nuestra madre, septuagenaria, llegó a cuidarla de nosotros, los hombres, y de nuestros amigos, con celo que nos hacía gracia o nos enojaba por lo extremado que nos parecía.

Una vez la chica me oyó hablar de Gabino, a quien yo rendiría homenaje con un compuesto en octavillas. Entonces fué cuando supe que el bagaje literario de Cán-

ala vuelta

didá lo constituía un folletito referente al gran payador desaparecido. Y como hablásemos de los negros, y dijera ella que le habría gustado leer "La cabaña del tío Tom", adquirí el libro y se lo di. Y la niña, que loía deleitando, y una sobrinita nuestra escolar, a la sazón en vacaciones, lloraron juntas, durante las horas de la siesta, las desdichas del generoso esclavo norteamericano.

Cándida sintió inmediatamente como suyos los amores y los odios de nuestra casa, al punto de que a veces llegó a comportarse con determinadas personas, no con el disimulo a que el trato social obliga, sino bastante de acuerdo con el sentimiento desfavorable que abrigábamos hacia ellas.

Como la cosa no pasaba de ahí, nos divertía.

Esta mujercita hecha y derecha no en vano se llamaba Cándida. Sospechando la inmensidad de su envidiable candor, antes del día de Reyes le envié una cartita firmada "Los Reyes Magos", en la que éstos le prometían traerle los premios que por su buen comportamiento se merecía. El día de Reyes, una hermana mía preguntó al niño verdulero que nos servía, si los magos le habían traído algo. El muchachito parlanchín, dijo que sí, que le habían traído un lindo barco con todas las velas tendidas y otras muchas cosas más. Entonces, Cándida, radiante de poder dar expansión a su contento, exclamó que a ella también la habían premiado los reyes, y fué a buscar la carta mágica, que leyó con orgullo, y las bagatelas de celuloide — gallinitas, sapitos, perritos, — que esa mañana había hallado en sus zapatos y que mostraba encantada.

Pero he de relatar ya el caso de la enciclopedia. Era una tarde

Acababa de compartir yo el mate con mi madre, quien refería hechos y lecturas de su niñez en presencia de la muchacha que, inclinada la cabeza, tejía un vestidito para el niño que iba a tener su hermana lejána. Tejía y escuchaba.

"Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises", dijo mi madre de pronto, recitando de memoria la primera página del "Telémaco" y elogiando el libro.

A esa cita me asaltaron embarulladamente los recuerdos de mis lecturas homéricas, y pregunté:

— Pero, ¿es que se llamaba Calipso la esposa de Ulises, esa que tejía y tejía para esperarlo?

Cándida levantó la cabeza y se quedó mirándome.

Comprendí súbitamente que la Enciclopedia nos demostraría en ese instante su preciosa utilidad, esa utilidad negada por el colega mío que quería quemarla. El libro registrador del saber humano daría placer a mi anciana madre; despertaría mi perezosa memoria de lector de la "Odisea", y revelaría en la mocita, estaba yo seguro de ello, la virtud de la fidelidad amorosa en el más bello ejemplo del mundo.

Y así fué. De Ulises a la Odisea, de la Odisea a Penélope, recorrí tomos y páginas sin que cesaran de hablar mi madre, el libro y yo.

Penélope se llamaba la mujer de Ulises. Penélope aguardó veinte años la vuelta del guerrero esposo, a pesar de que sus preten-

dientes, los principales señores de la comarca, la instaban a que eligiera entre ellos aquel con el cual contraería segundas nupcias.

¡Qué vicisitudes las de Ulises, lejos de la patria! Larguísima guerra, cercando a Troya para rescatar a la bella Elena; retorno por mares furiosos que le destruyen las naves y lo arrojan a dominios de ciétopes devoradores de hombres o a playas en que diosas solitarias lo cautivarán queriéndolo hacer su marido; incursión en el reino de las Almas, donde ve a su madre y a los compañeros perdidos; peligros del mar; escollos satíricos y cantos irresistibles de las sirenas... Y pasan los años.

Pero los peligros de su esposa, Penélope, recluida en su palacio, no son menores. Sus pretendientes no abandonan los patios de la casa. Se propinan banquetes a costa de la larga espera. Hay que tener para ellos las cráteras llenas; hay que servirles el vino en copas dobles y sacrificar diariamente vacas y carneros. Truecan en orgías sus francachelas, persiguiendo a las mujeres del servicio. La energía naciente de Telémaco, hijo de Ulises, parece a veces que no bastará para mantener a raya a los promotores de tantos desmanes. Penélope, mientras tanto, no se decide a elegir entre ellos al que ha de ser su esposo, pues Telémaco, que partiera en busca de Ulises, regresa sin saber si su padre vive todavía o está muerto.

Penélope teje y desteje el sudario con que ha de ser envuelto el padre de Ulises cuando fallezca, y ha prometido a sus impacientes cortejantes que sólo volverá a casarse el día que el lienzo se halle terminado. Pero su sentimiento de fidelidad al ausente le había inspirado la treta de deshacer por la noche el tejido que hacía durante el día. Y así pudieron transcurrir los años. Hasta que se la descubrió y hubo que dar satisfacción a los pretendientes. Fué entonces cuando, a consejo de la diosa del saber, que la protegía, prometió casarse con el que tendiese el arco de Ulises e hiciese pasar la flecha por el ojo de doce hachas colocadas en fila. Ninguno de los pretendientes logró siquiera tender la vigorosa arma. Un anciano mendigo, huésped del palacio, escarnecido por ellos, tomó el arco, lo probó tendiéndolo, colocó la flecha, la arrojó y pasó



ARCHIVOS
LITERARIOS
URUGUAY

con ella los doce agujeros de las hachas. Solo Ulises hubiera hecho otro tanto. Y el anciano era precisamente Ulises, regresado después de veinte años de ausencia, pero que había conservado el vigor de la juventud, por lo que le fué dado devolver a la virtuosa Penélope la verdadera dicha conyugal que ya creía perdida para siempre.

A medida que esta sin igual historia de la fidelidad y constancia amorosas se iba desarrollando, Cándida solía abandonar su tejido y contemplarnos, como para absorber el misterioso poder que del relato emanaba.

Pero no habría tenido yo la certidumbre de que aquel corazón virgen, despertando plenamente, se había henchido para siempre del propio sentimiento de la abnegación, a no haber ocurrido, días después, lo siguiente:

Acababa de abrir yo los ojos, luego de una breve siesta reparadora, y había reanudado mi trabajo sobre las carillas escritas y las por escribir, cuando de la manera más incomprensible mi mirada se hundió en el hueco que un tomo de la Enciclopedia dejaba en la compacta hilera de los demás. Estaba yo seguro de no haberlo sacado. ¿Quién podía haber sido? No daba. Pensé pronto en Cándida y rechacé en seguida el pensamiento. Cándida era respetuosísima de todas mis cosas y hasta le habría costado un bochorno el atreverse a pedirme prestado un libro.

Esta última idea, sin embargo... Sí: por no pasar tal bochorno lo habría arriesgado, quizá, tomando el tomo, que correspondía a la letra "P".

Dejé mi asiento y eché a andar en puntas de pie por el corredor.

Mi madre dormitaba en un sillón. A su lado, en la silla de su amiga, que así llamaba ella a Cándida, la chica había dejado su tejido. ¿Y dónde estaba?

Avancé con cautela. En la última pieza, puesto el libro sobre una sillita de paja como en un atril y sentada en el suelo, Cándida contemplaba absorta el cuadro en que Penélope, la heroica tejedora, tejía

"A MEDIDA QUE ESTA SIN IGUAL HISTORIA DE LA FIDELIDAD Y CONSTANCIA AMOROSAS SE IBA DESARROLLANDO, CÁNDIDA SOLÍA ABANDONAR SU TEJIDO Y CONTEMPLARNOS."

pacientemente la parte del cendal que destejería por la noche.

Los labios de Cándida acababan de deletrear quién sabe qué parte del texto. Pero sus ojos de largas pestañas, sus bellos

ojos de almendra, permanecían contemplando admirados el cuadro de la virtuosa mujer de Ulises, con aptitud de hipnotizada.

Era un momento sagrado el que pasaba Cándida. Quizá no tendría otro más santo en la vida. Por eso me volví sobre mis pasos, temiendo que el menor ruido, un indicio cualquiera, pudiera hacerla pensar que yo lo había profanado.

de Rodolfo Claro

